



Dios no te pasa por alto

Agar, Rut, David, María de Magdala ... ¡y nosotros!

Un sermón de Elí Díez-Prida

Esta predicación consta de dos partes, mi sermón y un oratorio:

- Hablaré de cuatro personas, tres del Antiguo Testamento, una del Nuevo Testamento, preguntando: ¿Qué aspectos de entonces son similares a lo que nosotros hoy día vivimos?
- Después veremos y escuchamos un oratorio musical de unos 12 minutos. El texto está en inglés; para los que no comprenden bien ese idioma lo he traducido en los subtítulos al español. Fue este oratorio precisamente el que me inspiró a escribir este sermón. Vi el video docenas de veces y cada vez me ha conmovido.

¿Os acordáis de los juegos que hacíais de niños? Por ejemplo, cuando jugaba un equipo contra otro, los dos jefes de equipo iban escogiendo sus respectivos jugadores, sucesivamente, primero uno, luego el otro. Es natural, que empezaran escogiendo los mejores jugadores, los más rápidos, los más atletas. Hacia el final tenían que conformarse con los que quedaban. Cuando jugábamos al fútbol, a mí los que escogían me pasaban por alto, como si no me vieran, hasta que al final ya no podían ignorarme más y no les quedaba más remedio que cogerme. ¿Conocéis situaciones similares?

Ser ignorado, ser pasado por alto no es agradable, ya sea jugando como niños o más tarde en el mundo profesional, cuando por ejemplo se van a dar honores o va a haber ascensos a un puesto mejor.

Algo aún peor que ser pasado por alto es el mobbing, la intimidación, el ser burlado, acosado, despreciado. La primera persona bíblica de la que voy a hablar vivió eso que hoy llamamos mobbing: la joven egipcia Agar.

Dios no te pasa por alto cuando estás siendo acosado

Agar era la esclava de Sarai, la esposa de Abram. Como Sarai era estéril, le dio – según la costumbre de la época – la esclava a su marido para que pudiera engendrar el hijo que anhelaba. Pero cuando Agar quedó embarazada, Sarai la humilló una y otra vez.

Agar se sentía perdida y abandonada porque no había quien la protegiera. Finalmente, estaba tan desesperada que huyó al desierto. Quería morir. Y lo volvió a hacer otra vez más tarde: Cuando Sarai finalmente dio a luz a un hijo propio, Isaac, expulsó a Agar de la casa con su hijo Ismael. Eso fue aún peor que la primera vez: ahora sentía que había sido abusada, y que ya no servía para nada. Se sentía sin valor, innecesaria, inútil.

¿Conocéis situaciones parecidas? ¿Os habéis sentido alguna vez usados, pero no apreciados? ¿Habéis experimentado alguna vez lo que es que os pasen por alto, que os ignoren? ¿O incluso el ser acosados, despreciados por la sencilla razón de ser diferentes, de pensar de otra forma que la mayoría, de nadar contra la corriente, de defender vuestras convicciones?

Si así fuera, entonces os podéis dar una idea de cómo podría haberse sentido Agar en el desierto. Se habría preguntado una y otra vez: ¿No hay nadie que me preste atención? ¿No hay nadie que se preocupe por mí? ¿Hay alguien a quien yo no sea indiferente?

Es cierto: Al quedar embarazada se había comportado un tanto desdeñosa con Sarai. Pero nuestros fallos no son razón para que Dios nos pase por alto, nos ignore.

¿No hay nadie que me preste atención? ¿No hay nadie que se preocupe por mí? Sí, claro que había alguien que no la perdía de vista. Las dos veces que huyó al desierto para dejarse morir. En **Génesis cap. 21** dice el relato bíblico que al acabársele el agua Agar dejó al niño a cierta distancia para no verlo morir de sed. ¡Qué grande tiene que ser la desesperación de una madre cuando está dispuesta a dejar que su hijo muera de sed! En el versículo 17 leemos:

Cuando Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: "¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño ..."

¿No hay quien oiga los sollozos de mi hijo y los míos?, debe haberse preguntado Agar. Realmente ella no hizo una oración. Sólo lloraba desconsoladamente, dice el texto (V. 16). Sin embargo el ángel le dijo: **"Dios ha escuchado los sollozos del niño."** El Dios que velaba por Agar no es un Dios indiferente. Le duele el dolor de sus criaturas, le conmueve el sollozo de un niño que llora porque tiene sed.

Ya la primera vez que había huido al desierto había aparecido el "ángel del Señor". ¿Quién era ese así llamado "ángel del Señor"? Al leer lo que dijo, es difícil creer que se trataba de un mero ángel, ya que dio a Agar una promesa muy especial (Génesis 16:10):

De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar.

"Yo multiplicaré tu descendencia": Algo semejante no lo puede prometer un ángel común hablando en primera persona. Por ello creo que ese ángel tan especial no era otro que el mismo Dios, en la persona de su hijo, manifestándose como un ángel. Esto es más que una suposición, ya que Agar misma confiesa en el versículo 13:

Como el Señor le había hablado, Agar le puso por nombre «El Dios que me ve» [en hebreo EL ROI], pues se decía: «Ahora he visto al que me ve.»

Qué consuelo supuso para Agar escuchar a Dios, cuando la daba a entender: No te he pasado por alto. Abraham no te protegió, te abandonó. Pero no estás sola, yo me preocupo de ti. Los demás piensan de ti: "Eres una esclava, has cumplido con tu deber, ahora puedes irte, ya no sirves para nada." Eso piensan ellos, pero para mí no has dejado de ser infinitamente valiosa.

Dios es aún El-Roi: ¡el Dios que también te ve! Él oye tu llanto, oye tus gemidos en las noches interminables. Eso le basta para comprenderte y animarte. No hace falta que "montes un espectáculo" para que te vea o escuche tu oración. No importa que seas una persona valiente, audaz o que seas muy tímido: Dios es un Dios que te ve. No sólo presta atención a los que hacen oraciones impresionantes en público, con estilo, sino que también escucha los gemidos sin palabras o las oraciones torpemente formuladas. – Cambio de escena.

Dios no te pasa por alto cuando todo va mal

El libro de Rut narra la historia de una familia judía que tuvo que emigrar de Belén a la vecina tierra de Moab a causa de una gran crisis alimentaria. (Moab está en lo que ahora es Jordania. Ahí está el monte Nebo, desde el que se permitió a Moisés ver Canaán, la tierra prometida).

Primero murió el marido de la mujer judía Noemí, y luego sus hijos, que se habían casado entretanto, también murieron. Así, Noemí se quedó sola como mujer viuda con sus nueras, ahora también viudas (Rut 1:5).

La existencia de estas tres mujeres estaba en peligro. Sin maridos a su lado, las mujeres no estaban ni legal ni económicamente seguras ni protegidas. Como si no hubieran ocurrido ya suficientes desgracias, ahora estalló también el hambre en Moab.

¿Qué le pasaría ahora a Noemí por la cabeza? Quizás: ¿Fue un error trasladarse de Belén a Moab? ¿Por qué tuvo que morir no sólo mi marido, sino también nuestros dos hijos? ¿Qué hicimos mal? ¿Nos equivocamos?

¿Conocéis esa inquietud cuando se tiene la sensación de que Dios (o la vida) están castigándonos por alguna razón desconocida?

Así que Noemí decidió regresar a su lugar de origen, a Belén, sola. En su opinión sola. Pero una de las dos nueras, Rut, decidió acompañar a Noemí. ¡Qué valiente! Rut se atrevió a comenzar de nuevo. Un comienzo nuevo pero incierto: tomó no sólo una decisión a favor de su suegra, sino también se decidió por la patria de Noemí, un país extranjero, y también tomó una decisión por el Dios de su suegra, al que ya había empezado a conocer. Fueron pues por lo menos tres decisiones valerosas, las que tomó.

Rut decidió, con todas las consecuencias, vivir como emigrante. Quienes conocéis historias de migrantes o las habéis vivido vosotros mismos sabéis lo difícil y doloroso que es. Yo mismo viví con mi hermano lo difícil que fueron para nuestra madre los primeros años cuando se fue a Alemania a trabajar tras la muerte de nuestro padre: un idioma extranjero, una cultura completamente diferente, un trabajo desconocido, dejando a los hijos (éramos de aquella adolescentes) en España ...

Algunos de vosotros habéis venido a España por unos años o quizás definitivamente. Confío en que estéis experimentando que Dios no os ha abandonado. Vengáis de donde vengáis: Vuestro Dios no se quedó en vuestro país de origen. No, él estuvo a vuestro lado todo el tiempo durante vuestro camino y seguirá ayudándoos a construir una nueva existencia aquí, a sentirnos a gusto, ya sea por un tiempo determinado o para siempre (bueno para siempre no, sino mientras nos toque vivir en esta tierra hasta que Jesús regrese).

Rut experimentó cómo Dios la guió, protegió y bendijo ricamente. La historia es tan emocionante que se puede leer en el libro de Rut, que es un libro bien corto. Cuando se preguntó: ¿Hay alguien que me vea? Dios no sólo le dio una respuesta, sino también una promesa: iba a tener un hijo, Obed. Y no sólo eso: de esta familia multigeneracional iba a descender el rey David, ¡y posteriormente incluso iba a nacer en esa línea genealógica el mismo Jesús! ¡Así que Rut se convirtió en una de las progenitoras del Salvador del mundo!

Dios no te ha pasado por alto, no te ha olvidado cuando tienes la sensación de que algunas cosas van mal en tu vida. Él te abre las puertas donde tú sólo ves altos muros. Te ayuda a levantarte una y otra vez y a empezar de nuevo.

Realmente, todos nosotros – ya seamos antiguos extranjeros o residentes, recién llegados, inmigrantes, estudiantes extranjeros –, todos somos extranjeros en este planeta tierra. Nuestro destino es allí donde Jesús está preparándonos un hogar (un bello hogar más allá del sol: este era uno de los himnos preferidos de nuestra madre; lo oímos en su entierro). Pero de camino a ese hogar podemos estar seguros: Nuestro Dios no nos olvida, no nos pasa por alto.

Nos mira con cariño. Nos da una familia espiritual y mantiene viva nuestra esperanza en la tierra celestial prometida.

Es verdad que la espera tarda más de lo que pensábamos. El esperar tanto tiempo al cumplimiento de su promesa puede agotarnos. Lo cual nos lleva a la tercera persona de este sermón: David.

Dios no te pasa por alto cuando la espera te cansa

¿Habéis pensado alguna vez sobre cuánto tiempo tuvo que esperar David desde el día en que Samuel le ungió como rey hasta que subió al trono?

No sabemos qué edad tenía el jovencito pastor David. Dado que se le describe como un muchacho, debe haber sido un teenager. Lo que sí sabemos es que tenía 37 años cuando subió al trono. ¡Así que tuvo que esperar al menos 20 años!

20 años de espera es mucho tiempo, ¿verdad? Imaginaos lo que significaría que os nombrasen directo/a de una empresa y tuvierais que estar 20 años esperando a tomar ese puesto porque vuestro antecesor no tiene ganas de irse. Qué desagradable situación, ¿verdad? ¿Cómo se habrá sentido David durante esa larga espera? Sobre todo teniendo en cuenta que no vivía como un príncipe en un palacio para prepararse para su reinado. Por el contrario, pasó la mayor parte de su tiempo como jefe de una banda huyendo de Saúl, que constantemente le acosaba.

Si yo hubiera sido David, me habría quejado a Dios: ¿Por qué me dejas ser ungido rey tan joven, cuando sabías que tendría que esperar 20 años para llegar a ser lo que querías que yo fuera? ¿Por qué a Saúl le va tan bien y a mí tan mal? ¿De qué sirve perder tanto tiempo aquí en el desierto? ¿Te has olvidado de mí?

“¿Te has olvidado de mí?” ¿Conoces tú esta pregunta? Por ejemplo cuando tus oraciones sólo parecen llegar al techo de tu habitación. O cuando Dios te ha ayudado a que te vaya bien en tus estudios o en tu formación profesional, pero ahora estás esperando durante meses o años a encontrar un trabajo que tenga sentido. Estos son sólo dos ejemplos.

Estoy seguro de que hay una espera que como adventistas nos dá que pensar, especialmente a aquellos que llevan 30, 40 o 50 años cantando “Jesús pronto volverá” y que se preguntan: Señor, ¿no prometiste que volverías pronto para llevarnos a casa? ¿Cuánto tiempo quieres seguir esperando? ¿Nos has olvidado? ¿Nos has pasado por alto? ¿No nos ves a nosotros y a los miles y millones de personas que sufren y claman por justicia y paz en este mundo?

Confieso que desconozco el motivo por el que Jesús tarda tanto en regresar, ya que, según las estadísticas, la brecha entre el crecimiento de la población mundial y el crecimiento del número de cristianos se abre cada vez más, a pesar de la difusión del Evangelio en todo el mundo. Pero una cosa sé: Él sigue siendo El-Roi, el Dios que ve, que nos ve, que no nos pasa por alto. El Dios que nos hace caminar por el desierto – como su pueblo después del Éxodo o como David durante la espera a subir al trono – no nos deja solos en el desierto. No, él va con nosotros, nos arropa con su gracia como si fuera una nube protectora. Pone un cinturón de fuego a nuestro alrededor para protegernos. No nos deja morir de hambre o de sed.

Dichoso el que no pierde la confianza en este Dios, el que se mantiene fiel a él aunque no comprenda su hoja de ruta. Cuando Juan el Bautista pensaba en la cárcel: “¿Se habrá olvidado de mí?”, Jesús dijo: “**¡Dichoso el que no se desespera por causa mía!**” (Mt 11:6)

Sentirse decepcionado – incluso de Dios – es algo muy humano y comprensible. Pero una cosa muy distinta es cancelar nuestra relación con Dios, retirarles nuestra confianza. ¡Que Dios nos guarde del peligro de no querer seguir confiando en él! Es comprensible sentirse decepcionado de Cristo, como muy probablemente le ocurrió a Juan el Bautista en la cárcel, porque como él no entendemos porqué Dios guarda silencio. Pero Juan el Bautista no le volvió las espaldas a Jesús, sino que se dirigió a él en su desesperación y le fue fiel hasta la muerte. Por ello le está reservada la corona de la vida.

La cuarta y última persona de este sermón también tiene que ver con la desesperación.

Dios no te pasa por alto cuando estás desesperado

Vemos a María de Magdala llorando en el huerto ante la tumba vacía de Jesús. Estoy seguro de que no había dejado de llorar desde el viernes por la tarde. Había guardado el sábado según el mandamiento, pero fue un sábado vacío, pues su Señor y Maestro había muerto. Junto a Juan, debió de ser ella la persona del círculo de discípulos a la que más quería Jesús. Ahora había venido a la tumba antes del amanecer. Pero, ¡la tumba está vacía!

Lo primero que hizo fue informar a los discípulos. Pedro y Juan corrieron al sepulcro. Luego ambos regresaron a casa, dejando a María sola. Llorando. Estaba desesperada, pues había perdido para siempre a la persona que la había liberado y le había dado un puesto en el círculo de los discípulos.

La explicación de los dos ángeles a la entrada de la tumba no la consoló. En su desesperación, preguntó al jardinero si él se había llevado el cuerpo de Jesús. Cuando éste dijo “¡María!”, su corazón casi se detuvo: Ese hombre no era el jardinero, ¡era el mismo Jesús! Sólo una palabra bastó para sacarla de su desesperación. Una sola palabra fue suficiente porque esa palabra era su nombre. Una sola palabra fue suficiente porque quien la pronunciaba era la persona que ella amaba y adoraba: ¡Su Maestro, su Señor y Salvador! ¡Jesucristo resucitado!

¿Os acordáis de lo que le dijo el centurión a Jesús en Capernaúm, cuando le pidió que sanara a su siervo? **“Señor, no merezco que entres bajo mi techo. Pero basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano.”** (Mt 8:8)

Puedes sentirte decepcionado por los amigos, por la familia, por la iglesia, pero no por eso arrojes por la borda tu confianza. Puedes sentirte decepcionado, incluso por Dios, porque no entiendes sus caminos, su comportamiento, su silencio. Pero no dejes de confiar en él. Porque él es mucho más grande que nuestra visión de las cosas. Él es mucho más grande que nuestra comprensión de su palabra. Él es mucho más grande que lo que podemos detectar sobre él al observar la creación. Es mucho más grande de lo que los cristianos/adventistas enseñan sobre él. Él es mucho más grande que la imagen distorsionada que su adversario intenta difundir.

Deja que te diga esa única palabra. También conoce tu nombre. Cuando te llame por tu nombre, te sacará del pozo de tu decepción o incluso de tu desesperación, como lo hizo con María.

“Así dice el SEÑOR que te creó... y te formó: No temas, que yo te he redimido; te he llamado por tu nombre; tú eres mío”. (Isaías 43:1) ¡Amén!

Enlace al oratorio “El Dios que te ve”: <https://vimeo.com/727260398/73ee79173b>

(Por favor no den este enlace separado de la predicación, ya que así fue estipulado por el pertenedor del Copyright.)